

Antología

Los textos filosófico-políticos del joven Carlos Astrada (1919-1924)

I

En esta hora que vivimos...

Congréganos el primer aniversario de la revolución universitaria. Al recordar aquella jornada, que abre una era de libertad y de cultura en la vida de nuestra nacionalidad, nos parece ya lejana la hora en que la juventud de Córdoba afirmó bien alto su noble anhelo de emancipación espiritual. ¡Tan intensamente hemos vivido!

Hasta ayer, Córdoba transcurría en la plácida vida monacal, reposando indolente en una fe sin inquietud y sin grandeza —fe que nunca supo de heroísmo. Confiaba en el dogma de la disciplina y del orden, la religión, hasta ayer imperante, estaba satisfecha de su mandarinismo que le permitía conservar acreciéndolos sus intereses materiales y eludir la vida histórica y las grandes preocupaciones del espíritu. Mas latió con fuerza el corazón generoso de la juventud, se manifestó virilmente una aspiración largo tiempo contenida, y pudimos comprobar que la Córdoba católica y materialista —materialista por católica— había caducado en las conciencias —que era un conquistador vencido por su deleznable conquista. Entiendo que venimos aquí no solamente a solidarizarnos con la obra iniciada, es decir con un pasado, sino también con un porvenir, con “nuestro porvenir”, con la prosecución indefinida de nuestra obra, que por ser de vida y de amor no veremos concluida, pues ella no será más que un momento de la vida y de la duración espiritual de nuestro pueblo, que lo habremos llenado con nuestros sueños; ella será, en fin, el aúreo eslabón con que una generación, ofrendando en el altar de la patria soñada, habrá contribuido para la cadena de la raza, para que ésta persista en el tiempo, alcanzando en cada etapa de su vida ascendente una más bella plenitud.

He dicho patria. Un sentimiento complejo y muy arraigado en nuestra afectividad nos vincula de modo permanente al suelo en que hemos nacido. Digamos cuál es y cómo es nuestro amor a la patria; hablemos, pues, de nuestro patriotismo, para distinguirlo —distinción muy necesaria en estos momentos— de otro presunto patriotismo que nuestra conciencia de hombres libres no puede aceptar sin traicionarse a sí misma. Desde luego, nuestro amor a la patria está muy lejos de ser semejante a la actitud de la mujer de Lot, inmovilizada,



petrificada en la contemplación del pasado. Las vidas que tocan a su ocaso no viven ya, apenas recuerdan; el recuerdo es la oración que ellas musitan en las últimas gradas de la vida, antes de acogerse al templo misterioso de la muerte. No seré yo quien niegue al recuerdo toda su belleza melancólica; pero cuando se es joven, cuando uno empieza a afirmarse en la vida tiene que aumentar su hogar interior con la santa combustión de la esperanza. Y bien, una patria no está sujeta al proceso de las vidas individuales, no puede envejecer, debe ser siempre joven, y para ello tiene el derecho de contar con la perenne juventud espiritual de sus hijos. Yo simbolizaría a la patria antes que en una vida que declina, llena de recuerdos, en la de un joven, pleno de esperanzas, que se inicia en la vida con un corazón puro, capaz de todo impulso generoso. Nuestro patriotismo no puede ser mera contemplación del pasado; ante todo y por sobre todo él debe ser voluntad de superar la patria del presente, de realizar un nuevo ensayo de vida que implique más altos valores humanos para el individuo y la colectividad; en fin, nuestro amor a la patria, si ha de ser fecundo, debe traducirse por una amplia visión del porvenir. “Miremos más —nos enseña Unamuno—, que somos padres de nuestro porvenir que no hijos de nuestro pasado, y en todo caso nodos en que se recogen las fuerzas todas de lo que fue para irradiar a lo que será.” Sinteticemos nuestro concepto del amor a la patria diciendo, con la hermosa fórmula de Jaurès, que “estamos atados a este suelo por todo lo que nos precede y todo lo que nos sigue; por lo que creamos y somos creados; por el pasado y por el porvenir; por la inmovilidad de las tumbas y por el mecimiento de las cunas”.

Nuestros mayores duermen ya el sueño eterno en la inmovilidad de sus tumbas; muchas de esas vidas han pasado por el pórtico de la gloria y alientan inmortalidad. Tengamos para todas ellas, para las de los héroes del pensamiento y de la acción que legaron su nombre a la posteridad, para las de los humildes que pasaron inadvertidos y silenciosos, tengamos para todas esas tumbas, que simbolizan el pasado de nuestro pueblo, un muy puro pensamiento, un emocionado recuerdo; pero volvamos nuestro ojos a este sublime mecimiento de las cunas —¡otro símbolo!— el símbolo sagrado del porvenir de nuestro pueblo, bella promesa de la eternidad del alma colectiva. Este mecimiento de las cunas es la vida misma que, en un misterioso impulso creador, se afirma más allá de las tumbas y de las glorias del pasado llevando en su seno el plasmado de insospechadas realidades.

Nosotros, término medio entre ambos extremos, tenemos una gran misión que cumplir: nos corresponde elaborar un patrimonio espiritual para entregarlo, incontaminado, a las generaciones que nos sucederán; y habremos traicionado a la vida —tenedlo por seguro— si a estas no podemos decirles en la muda elocuencia de las obras; esto es lo que hemos realizado, lo que hemos pensado, lo que hemos soñado; concebido y realizado algo más grande, soñado algo más bello, y proseguido por la ruta del ideal.

Tenemos una misión que cumplir. Para concebirla con cierta claridad y despertar al sentimiento de la grave responsabilidad que ella entraña, debemos venir a una plena conciencia de esta hora histórica que vivimos. La inquietud que hoy agita a todas las colectividades humanas nos dice, en el lenguaje confuso pero elocuente del dolor y del presentimiento que algo nuevo y grande se está gestando en las entrañas de la humanidad; esa inquietud es el sagrado temblor que anuncia el alumbramiento. Un hálito de tragedia y de lucha nos envuelve; la angustia y la esperanza, en que se agigantan las almas, otorgan a esta hora solemnidad y grandeza. Todos los pueblos de la tierra, inspirados en las normas de libertad y justicia, postulan una vida más humana y más bella. La voluntad de los hombres, que en un largo ostracismo ha adquirido el temple del acero, hoy se aplica, segura de sí misma, a los acontecimientos, y en un esfuerzo heroico está torciendo el curso de la historia para imprimirle la dirección que exigen superiores anhelos. Y esta intervención directa de la voluntad y el pensamiento de los hombres en el devenir histórico no debe extrañarnos; porque, como muy bien lo hace notar Guido de Ruggiero, “el pensamiento no es pura contemplación de la realidad, sino realidad históricamente determinada y obrando históricamente”. ¿Y por qué no había de ser también determinante de la realidad histórica el deseo de perfección, la voluntad de realizar lo nuevo y vivirlo en cada momento de la duración del espíritu

colectivo? Nosotros no podemos concebir las humanas aspiraciones y todos los valores morales que la fe en los ideales va creando en los espíritus como una inútil ensoñación, flotando como fuego fatuo sobre la corriente de la historia; antes por el contrario, pensamos, que tales aspiraciones y valores son la levadura misma de la historia —¡divino fermento de la perfección! Si así no fuere, tanto el individuo como las colectividades tendrían que renunciar para siempre a ser cada vez mejores, a superarse humanamente; en tal caso la vida humana habría perdido todo su significado. La realidad inmediata desmiente categóricamente tal supuesto; y si no ¿a qué responde la inquietud de esta hora? Sentimos que hoy la vida humana está cobrando más significado que nunca; es que la humanidad vive un momento en que se está superando a sí misma. Terminada la guerra europea —contienda entre dos capitalismo— se inicia en el mundo una verdadera cruzada para conquistar la libertad y la justicia. Es un movimiento que persigue la elevación de todas las patrias, para que afirmando éstas, de un modo integral, su personalidad histórica, su peculiar espíritu, puedan todas convivir fraternalmente en una humanidad mejor. Es una nueva vida que se insinúa en el mundo y que desde ya se nos anticipa como una síntesis original; se trata, puede decirse, de una nueva experiencia de humanidad, este nuevo ensayo de vida supone, desde luego, la caducidad de muchos valores, el derrumbe de muchos ídolos, el quebrantamiento de innumerables cadenas —de todas las cadenas, que por siglos han impedido el libre desenvolvimiento de la personalidad humana, ahogando toda posibilidad de vida superior. Esta caducidad de los viejos e inhumanos valores no debe alarmarnos, porque al fin será la vida la que triunfe, dejando tras de sí, como lastre muerto, todo aquello que no tiene fuerza para vivir porque ya ha caducado en el espíritu de los hombres.

Ahora sí podemos decir con Nietzsche, que los dioses han muerto, y agregar que la ley, en todo lo que se opone al espíritu, también ha muerto. Algún día, quizá no lejano, podremos decir con el apóstol Pablo: “más ahora estamos libres de la ley habiendo muerto a aquella en la cual estábamos detenidos, para que sirvamos en novedad de espíritu, y no en vejez de letra”. Es una perenne verdad lo de que “la letra mata y el espíritu vivifica.”

“Quien abriga en su corazón la ley —nos dice Unamuno— está sobre la dictada por los hombres; para el que ama no hay otra ley sino su amor.”

Hemos afirmado, con Nietzsche, que los dioses han muerto; podemos decir, con más verdad, que todavía no ha nacido el Dios de libertad, de amor y de justicia; el Dios, creación viviente de la humanidad, de su espíritu, que abismado ante el misterio de la vida y sobrellevando la incertidumbre suprema, sólo pide bondad y amor para hacer menos penoso su tránsito por la tierra. Oigamos a Guyau, el filósofo poeta: “La humanidad ha esperado largo tiempo que Dios se le aparezca, y él se le ha aparecido; y no era Dios. El momento de la espera ha pasado; ahora es del trabajo. Si el ideal no está completamente acabado, como una casa, depende de nosotros trabajar juntos para hacerlo”; y Guyau agrega: “Yo ignoro lo que puedo fuera de mí, no poseo ninguna revelación no escucho ninguna palabra resonante en el silencio de las cosas, pero yo sé lo que interiormente quiero y es mi voluntad la que hará mi potencia. La acción sola da la confianza en sí, en los otros, en el mundo.” Sí, depende de nosotros trabajar en el ideal, irlo plasmando grande y bello. Agucemos, pues, nuestra sensibilidad y dejemos al corazón vivir sus libres impulsos, que así conquistaremos ese mundo moral en que todas las almas se sienten solidarias en una idéntica aspiración, en una misma obra de amor. Goethe, otro espíritu todo amplitud y excelencia, nos dice que “todo corazón que quiere asegurarse de su propia espiritualidad no puede hacer profesión de indiferencia.” Otra cosa no podía decirnos quien opuso al imperativo categórico y racional de Kant, contemplándolo, el imperativo cordial; o sea este mandato silencioso del corazón que nos lleva a sufrir con todos los que sufren, y a soñar con todos los que sueñan.

¿Cómo trabajar en el ideal? ¿Qué presupone de nuestra parte su realización? Ante todo es necesario que conquistemos día por día la juventud de nuestro espíritu; que alimentemos nuestra íntima rebeldía con nuevas y más altas esperanzas —es decir, que mantengamos siempre vivo ese fondo de rebeldía, que no es sino aspiración hacia lo mejor, deseo de lo



que aún no ha sido pero que será. Solamente los salvajes pueden creer, de acuerdo con la fórmula de un optimismo profundamente inmoral, que vivimos en el mejor de los mundos posibles. A los que tal piensan se refiere Fichte en estas palabras: “En su concepto, la historia ha cerrado ya muchas veces el círculo en que gira, no habiendo, por tanto, nada nuevo bajo el sol, porque han secado la fuente de la vida eterna y dejan que la muerte continúe su camino y descansa a menudo entre los hombres.” Nosotros no diremos, porque ello no estaría enteramente de acuerdo con la verdad, que vivimos en el peor de los mundos; pero tenemos el derecho de concebir uno mejor, y de esforzarnos hacia él, rompiendo la marcha con el corazón bien alto. Concebir ese mundo mejor es empezar a crearlo, porque el pensamiento, cuando responde a una necesidad íntima del ser, es ya una creación. Vivamos, pues, constantemente insatisfechos. Si el estado de cosas existente está lleno de sombras y de miserias no lo aceptemos como nuestro destino natural; rebelémonos contra él en nombre de los postulados de un sentimiento humano esencial.

Rebeldía y amor son el resorte íntimo del ideal. Amamos lo mejor porque poseemos la virtud de rebelarnos, y nos rebelamos porque nuestro espíritu está ya tocado de un amor anterior. Alguien podría objetarnos, en nombre de los cánones de la lógica, que incurrimos en un círculo vicioso; nosotros le responderemos que es un círculo que está al margen de la lógica, y que nos dice del profundo ilogismo de la vida; efectivamente, es un círculo mágico que engendra su propia tangente, tangente que es idea en proyección al infinito.

Amor y Rebeldía. He aquí el secreto de nuestra posibilidad de perfección. Gorki lo ha comprendido muy bien al escribir estas palabras, recientes: “Cristo es la idea inmortal de la piedad y de la humanidad; Prometeo es el enemigo de los dioses, el primer rebelde contra el destino... Y ahora llega el día en que los dos símbolos —el de la bondad y el de la piedad y el otro de la soberbia y de la audacia— se funden en el espíritu del hombre en un solo gran sentimiento y todos los hombres reconocerán el propio valor, la belleza de sus aspiraciones y los vínculos de sangre que los ligan entre sí.” Y Gorki yendo más allá del odio, que es inevitable en toda lucha, afirma la excelencia de su humanísima concepción con estas palabras: “la vida no tiene sentido sino a condición de la victoria del amor.” Al nombrar a Gorki no puedo menos que recordar al titánico Dostoiewski, a este gran espíritu cristiano, floración soberbia de aquel pueblo que en su ley fundamental —ley que entraña el espíritu que animará la nueva vida— ha escrito: supresión de la explotación del hombre por el hombre, iniciando una nueva etapa para la vida de la humanidad, oigamos la voz profética de Dostoiewski: “Guardamos la imagen de Cristo que lucirá como un diamante precioso sobre la fraternidad, ello vendrá, ello vendrá.”

A nuestra legítima interrogación sobre lo que pueda significar el advenimiento de una nueva era, responde muy bien el filósofo catalán Eugenio d’Ors diciéndonos en una de sus admirables glosas: “Nuestro instinto nos dice que una Era nueva es una nueva manera de partir el pan.” Podemos agregar que una nueva manera de partir el pan implica el advenimiento de un nuevo espíritu, la instauración de un nuevo ideal de la vida. Nuestra edad se caracteriza por el predominio de las cosas y de los valores económicos sobre el hombre. Puede decirse, sin error, que la vida humana ha sido desplazada a un último plano en la tabla de los valores. La personalidad está constreñida por mil fuerzas que conspira contra su libre desenvolvimiento; la humanidad se encuentra aplastada por la organización industrial y económica de la sociedad capitalista, que tiene por expresión política el Estado actual. También en la Edad Media el hombre sufrió un largo eclipse. La iglesia, para llevarlo a la beatitud en el otro mundo, lo encadenó en éste. Mas viene el Renacimiento, lo que algunos historiadores de la filosofía justamente han llamado “el descubrimiento del hombre”, y el humanismo eleva la vida, imprimiéndole una nueva dirección. Con el Renacimiento surgen los magnos problemas de la religión y del derecho natural; se constela de almas su cielo magnífico y por su pórtico augusto pasa, entre otras grandes figuras humanas, la de Giordano Bruno y la de Luis Vives; marchan hacia la resurrección del hombre, y desde la cima de su espíritu contemplan el amplio panorama de una vida nueva. Sigue la Reforma, hija espiritual del Renacimiento; en ella irradia el espíritu de Lutero, y la libertad de conciencia

conquistada da a la humanidad hermosos frutos, tanto en la especulación como en la vida. Por último con la Revolución Francesa viene a la vida la burguesía capitalista y el Estado moderno. El hombre sufre de nuevo otro eclipse. Es que todavía quedan muchas cadenas por quebrar para que él alcance su total liberación. Si infinitud de hombres piden pan y reclaman en la tierra un lugar adecuado a su condición humana es signo evidente que el espíritu no ha roto la última cadena que lo envilece y lo amarga. Esta es la gran obra en que hoy está empeñada la humanidad. Todos los pueblos afirman su voluntad inquebrantable de liberación. Se trata de redimir a la vida de todas las potencias enemigas, que atentando contra su eterna belleza, la han deprimido, ensombreciéndola.

Digamos con Gorki, sin temor de equivocarnos y conscientes de la hora histórica que vivimos, que marchamos hacia el renacimiento del hombre. Podemos expresar nuestro estado de alma, en esta hora de perplejidad e incertidumbre, por estas palabras con que Guyau termina una de sus obras admirables: "Ninguna mano nos dirige, ningún ojo ve por nosotros, el timón está roto desde hace largo tiempo o más bien nunca ha existido, está por hacerse; es una gran tarea, y es nuestra tarea." El timón está roto; lo han roto las fuerzas mismas de la vida porque él la orientaba hacia su negación, hacia la muerte. En medio de la tempestad nuestro espíritu ha logrado una calma; aprovechándola hemos consultado nuestra brújula, y comprobamos que su aguja imantada nos señala un nuevo norte.

[Carlos Astrada, "La conmemoración de la revolución universitaria: la fiesta del Rivera Indarte: Discurso del Sr. Carlos Astrada", en **La Voz del Interior**, Córdoba, 19/6/1919]

II

Por el camino infinito...

El efectivista Unamuno, se ha pronunciado contra el progresismo del grupo "Claridad". Para combatir el falso concepto en que reposa la doctrina del progreso, ha entronizado el sofisma, no menos pernicioso, de asignar a las antinomias sociales un juego puramente mecánico que reduce toda su acción a un cambio de sujetos. Más adelante trataremos de poner al descubierto, analizándolo, el error en que incurre Unamuno: error que lo expone, a él que como buen efectivista tanto le gustan las cosas vivas (nos pedirá un Dios "vivo", posee una fe "viva" y practica la contradicción "viva"), a caer en las cosas muertas. Así, en lo que respecta a la contradicción, estaría reducido Unamuno a negar hoy lo que ayer afirmó para volver a afirmarlo mañana y tornar a negarlo pasado mañana: o sea el juego mecánico de la contradicción... No se trata, como veremos, de los rieles por los que aspira a correr el progresismo, según nos dice Unamuno, pero sí de algo semejante a la tragedia... mecánica del portugués del cuento que quería sacarse del pozo tirándose de las orejas.

Es que el recio y apasionado teorizador de las ideas, vengan ellas de cualquier punto del horizonte espiritual, suele reaccionar en forma contundente ante los problemas, como que es hombre que vive intensamente sus impulsos, ya con la verdad, ya con el error; más frecuentemente con sus "errores", siempre interesantes y sugestivos, que con sus "verdades", no menos inquietantes. Gusta de la contradicción y la paradoja, y las esgrime a diestra y siniestra; mas su paradoja, que suele ver la fecunda paradoja de la filosofía y de la ciencia, que en estas es la forma en que se manifiesta por primera vez una verdad nueva.

Entrando a nuestro tema diremos que el manifiesto del grupo "Claridad" adopta algo del progresismo que le censura Unamuno. No obstante, cualesquiera que sean sus errores de doctrina, él da la pauta de la nobleza moral de Anatole France y sus amigos: el "viejo volte-



riano” afirma una vez más la... juventud de su espíritu. En lo que respecta al progresismo, hace tiempo que Georges Sorel, en obras admirables, ha dilucidado el problema con amplitud y penetración nada comunes en los libros de índole económico-social; en forma clara y eficaz ha hecho la crítica de las “ilusiones del progreso” poniendo de manifiesto la inconsistencia e impostura del socialismo político. La falacia del progresismo ha culminado en la democracia parlamentarista que, como es muy natural, hace las delicias de los socialistas socializantes. Sorel, al evidenciar la falsedad e ineficacia de la concepción progresista y de todo su andamiaje político, nos muestra que otros son los caminos de la emancipación social. Mas la posición de Sorel y del moderno sindicalismo frente al problema social, no tiene nada que ver con la que adoptan los antiprogresistas a lo Unamuno que parece traducirse, a pesar de todas las apariencias en contrario, por un *non agir*. Unamuno no quiere percibir lo que se oculta tras la inadecuada expresión de las ideas del manifiesto del grupo “Claridad”: no se percata que se trata de una realidad psicológica cuya imperfecta formulación no disminuye en nada su trascendental importancia; que es un anhelo que responde al estado de alma de los hombres del presente que han sufrido el desgarramiento ¡y qué hombre no lo ha sufrido! de la tragedia reciente. En sustancia lo que nos dicen los del grupo “Claridad” es que hay que trabajar por el advenimiento de una humanidad mejor. Para emprender esta magna obra debemos comenzar por aceptar los dictados del pensamiento o sea crear la soberanía del espíritu. No otra cosa nos ha dicho, con su autorizada palabra de maestro y apóstol, el humanista Romain Rolland, centinela avanzado de la libertad.

Unamuno impugna las ideas del grupo “Claridad” tomando demasiado al pie de la letra su manifiesto. No hay que ver en la creencia del pacifismo iluso en el advenimiento de un estado social paradisíaco más que la esperanza —muy humana— que es el fondo dinámico de los ideales. La ilusión es propia de la psicológica de todo ideal vivo que tiende a realizarse. No es posible decidir, a no ser dogmáticamente, sobre la verdad o el error de un ideal por lo mismo que este cuenta más que con el pasado en que arraiga y el presente en que obra, con el porvenir que aspira a crear según la imagen de la esperanza que lo engendró. En punto a la fe en los ideales bien podemos decir con Renán que “así como hacemos solos la belleza de lo que amamos, haríamos la verdad de lo que creemos”. Contando con el porvenir, que es contar con los factores más imponderables del espíritu, que en cada momento de su duración va elaborando lo nuevo con que se enriquece, lo que hoy es sólo motivo de fe puede mañana realizarse como verdad. ¡Cuántas veces se ha repetido, en presencia de las comprobaciones de la experiencia, que las realidades de hoy son las utopías del ayer!

Es humano que los hombres en medio de sus arduas luchas ansien la paz. Aunque reconozcamos racionalmente que la vida es eterna lucha, acaso no podemos sustraernos por el ensueño de la fatalidad que implica. Si la vida misma fuera perpetua paz, soñaríamos con la guerra. Antinomias del espíritu! Antinomias que son la trama misteriosa de la vida misma. Unamuno critica burlescamente la ideología del grupo “Claridad” por no haber tenido en cuenta, según él, las antinomias sociales. Ante todo, en el manifiesto de Anatole France y sus compañeros no se afirma que no existan las antinomias. Los que lo suscriben se expresan como si las antinomias no existiesen; pero esto no es eliminarlas deliberadamente. Después del bárbaro paroxismo de la civilización capitalista no es extraño que los hombres del grupo “Claridad” —que no son filósofos, avezados a las doctrinas— hablen el lenguaje de un pacifismo ingenuo, aunque, por otra parte ellos mismos se apresten notablemente a guerrear por un ideal. Por lo demás, Unamuno, como decíamos al comienzo de estas líneas, cae en el sofisma de reducir la acción de las antinomias a su juego puramente mecánico. Es dogmatismo, y no otra cosa, el no aceptar la posibilidad de una superación de las antinomias, en el sentido que ellas puedan plantearse en un plano más elevado de la realidad social. ¡Por qué ciertas antinomias, ponemos por caso, han de manifestarse siempre en un complejo de fenómenos de índole puramente material y no han de poder transformarse en otras, superándose a sí mismas y obrar en la esfera de los fenómenos de la vida moral! Dice Unamuno: “Cuando alguien, remendando una sentencia evangélica, dice, por ejemplo, que siempre habrá pobres y ricos, se nos ocurre replicarle: “Sin duda; de donde no se deduce que usted haya de ser siempre rico” —pues el que dice esto suele serlo— “y otro el pobre;

que haya siempre ricos y pobres no quiere decir que unos ni otros lo sean de nacimiento, y no estaría de más un turno”. Con lo que no se resolvería la antinomia, pero cambiaría de sujetos. Lo de que siempre habrá pobres y ricos se nos antoja una pseudo-antinomia. Se la puede justificar racionalmente, torturando la inteligencia y la lógica; pero no se la logrará asentar legítimamente en la razón aunque se la formule del modo más filosófico posible —y es de notar que algunos economistas inspirándose en esta pseudo-antinomia han hablado de una “filosofía de la riqueza” y de una “filosofía de la pobreza”. Concedamos que sea una verdadera antinomia; en tal caso, siendo ella la formulación de algo enteramente empírico, de lo más transitorio y deleznable, los intereses de índole material que pueden darse en la vida del hombre y de la sociedad ¿no cabe pensar en la posibilidad de sustituir, superándola, por una antinomia que responda a preocupaciones humanas de orden más elevado? Mas desde otro punto de vista podría pensarse en la solución, una solución *sui generis*, de esta y de las otras antinomias sociales: así como la antinomia de la razón práctica se resuelve, según Kant, con la creencia en una vida futura, así las antinomias de lo que podemos llamar la razón social —que es también una razón práctica— se resolverían con la creencia en un estado social de relativa armonía y libertad; o sea haciendo de la utopía una realidad espiritual. Esta solución, moviendo constantemente a los hombres en el sentido del ideal, implica la perennidad de la lucha. Tratar de que la utopía sea en nuestro espíritu realidad viviente es, por cierto, noble y humanísima tarea. Recordemos estas hermosas palabras de Anatole France, dirigiéndose a los estudiantes franceses: “No temáis pasar por utopistas, no temáis construir en las nubes, forjar repúblicas imaginarias como Platón, Tomás Moro, Campanella, Fenelón ¡Utopistas! Es la injuria acostumbrada que los espíritus limitados arrojan a los grandes espíritus, y con la que los hombres políticos persiguen a los soberanos del pensamiento”.

...En esta hora de graves responsabilidades, los hombres libres del grupo “Claridad”, con su decidida actitud en pro de la libertad y la justicia, vuelven por los fueros del pensamiento soberano. Ante los desbordes y brutalidades del capitalismo ensorbercido con su triunfo —pues en todos los países, incluso los neutrales, ha triunfado a excepción de Rusia, donde la evolución está dando buena cuenta de las pseudo-antinomias— el manifiesto de Anatole France y sus amigos es una clarinada que llama a los hombres al combate espiritual para afirmar la dignidad de la vida y en eterna belleza. No se trata de conquistar un estado social paradisiaco de absoluta paz, sino de superar esta mezquina forma de lucha, engendro del sórdido materialismo que caracteriza a la civilización capitalista en estas latitudes. Se aspira a que la personalidad humana, liberada de la degradante servidumbre económica, adquiera su legítima primacía sobre las cosas. Postular un estado social mejor no quiere decir, de ningún modo, que en él el hombre haya de colmar las ansias de su espíritu, solucionando definitivamente las dudas que lo atormentan. En vez de anegar sus inquietudes en una paz de muerte, se planteará, con más integridad quizá, los grandes problemas del mundo y de la vida, y todos aquellos que atañen directamente a la naturaleza moral. Nuevos tiempos engendrarán preocupaciones aún no sentidas, y problemas nuevos se insinuarán a su sensibilidad siempre despierta.

Todo ideal, como que humanos sueños lo han generado, concibe una meta más o menos quimérica. Moviéndonos en la dirección que él nos señala, vamos interponiendo fatigas, decepciones y esperanzas entre el presente que es descontento y la quimérica meta que mientras más se aleja más nos alucina. Así el hombre, de frente al misterio, va marchando por el camino infinito de un combate eterno... No podemos lamentarnos de esta fatalidad desde que ella nos obliga a superarnos constantemente. La vida del espíritu, buscando con heroico afán su propia plenitud, engendra la revolución eterna que nos habla Chesterton. Esta inquietud, esta máxima sed de perfección, se ha expresado mejor que en ningún otro en el ideal anarquista. Nada de extraño tiene la aspiración que entraña la comprensión anárquica es a la vez sentimiento del espíritu y numen de la historia. Córdoba, diciembre de 1919.

[Carlos Astrada, “Por el camino infinito...”, en **Clarín**, Buenos Aires, enero de 1920]



III

El revolucionario eterno

... daba con su hacha en el tronco de las encinas sagradas, y los 'sometidos' se
asombraban de no verlo devorado por el fuego celeste . . .

Mas Stirner.

. . . no se trata de calcular placeres, de hacer contabilidad y finalidad: se trata de ser y de
vivir, de sentirse ser, de sentirse vivir, de no ser una especie de mentira en acción,
sino una verdad en acción.

Guyau, *Esquisse d'une Morale...*, pág. 248.

I.

Sabe de las adversidades que depara el combate de cada día y ha transformado en férrea necesidad las contingencias de una vida azarosa y difícil. Así va corriendo la gran aventura de su ideal. Porque el revolucionario eterno es antes que nada un aventurero—naturalmente del tipo elevado—que va jugándose todo en cada encrucijada de su lucha tenaz y heroica contra los poderes constituidos.

Su vida, tocada de un ideal de perfección y reconfortada por una inalterable fe en su qui-jotesca empresa, diríase la aérea moneda de esperanza que con un desinterés rayano en la inconsciencia él arroja sobre el tapete rojo de la conspiración.

Las persecuciones han hecho de la existencia del revolucionario eterno un constante sobresalto, y este ha llegado a ser su ritmo natural. Habitado a arriesgarlo todo necesita ya del peligro como del aire que respira; su carrera de conspirador es un vértigo a través de las emociones más diversas.

En todas las circunstancias está por encima de los cánones de la moral de clase porque posee el elevado sentido ético que emana de sus propias convicciones, probadas al fuego del sacrificio cotidiano. Siempre en pos de la belleza eterna de la idea, desafía las asperezas del camino sobrellevando la plenitud de sus sueños.

Soldado de una cruzada, para él no tiene tregua el combate por la libertad; eterno combate creador que agiganta sus fuerzas e ilumina su espíritu. Identificándose con la íntima fuerza expansiva de la vida postula la libertad absoluta como imperativo categórico; como voz auténtica que viene de las profundidades del espíritu y que nos dice de su esencia anárquica.

Su ansia de libertad es intuición de una belleza trascendente que no cristalizará en obra inmortal porque ella es la vida misma que así nos incorpora a su movimiento ascendente y nos eleva a un ideal de perfección, brindándonos su eternidad viva en el frágil vaso del instante fugaz e inasible. Su inquietud es soplo que espolea las formas inertes, que agita las vidas prosaicas y humildes; quiere redimir estas vidas, infundiéndoles su propios sueños, y así incorporarlas a su luminosa trayectoria para correr juntos el albur de la gran quimera. Su palabra ardiente es espíritu que se infiltra en la vida de esos hombres agobiados por el yugo de un trabajo inhumano y brutal —diríase los fragmentos de materia obedeciendo a la ley de la inercia cósmica— y los solivianta a la visión de un ideal.

¹ Introducción al Ensayo: **La Concepción Anárquica de la Historia—Revisación de los postulados éticos cardinales a luz de la revolución integral** [inédito].

El revolucionario eterno contempla el mundo y la vida a través de un cristal que cada lágrima por sus propios dolores y los ajenos —que él los siente como suyos— ha ido aumentando, haciendo más potente para la visión lejana por encima de un tiempo que aún no ha devenido; en tanto que su sed de perfección, postulado central de su ética futurista, le ha ido dando transparencia y limpidez. Así nos anticipa el futuro en su visión de rebelde; nada de extraño tiene: la inquietud, semiclaridad en que se dibujan las formas de los sueños, no es otra cosa que la anticipación, algo velada por una penumbra de misterio, de lo que ha de venir.

II.

Más he aquí la primera etapa en el camino del revolucionario eterno; examinándola comprenderemos la causa de la persecución de que es objeto por parte de los gobiernos, y que no es otra que el miedo a sus ideas por su acción deletérea sobre las grandes cristalizaciones de la ley, expresiones del principio de obediencia: *sociedad* como estado social impuesto por la violencia, y *autoridad* como órgano de imposición.

Es tal el poder del ideal, tal la sugestión que la palabra del rebelde opera en el ambiente, aletargado por una sumisión secular, que las autoridades estatales, «velando por la tranquilidad social» se incautan del «elemento disolvente» haciéndole sentir—oh ironía!—la omnipotencia de la ley a quien espiritualmente está por encima de la ley, y acostumbrado a sortearla en la lucha de todos los días. Es así que se da el hecho sorprendente, si lo consideramos en su exterioridad, de que una colectividad apoyándose en la violencia de la ley expulse de su seno a un hombre indefenso, escudado tan solo en su ideal y sin más armas que su palabra impregnada de humanidad y su fe inquebrantable de luchador.

Una colectividad en que se ha materializado el principio de autoridad no podía menos que expulsar al revolucionario eterno, al hombre todo inquietud, al «abominable exaltado» — todo él es una exaltación del espíritu — porque turbaba la digestión de los buenos burgueses, amenazando con aguarles, en nombre de algo vago y utópico que ellos han oído llamar justicia, el festín de su opulencia. Desde el punto de vista de la psicología propia del principio de autoridad él considera lógico el hecho de su expulsión; este es al mismo tiempo la prueba tangible de la eficacia de sus ideas. Por lo demás la expulsión no provoca en nuestro proscrito el más mínimo desfallecimiento; no morigera sus ímpetus ni menoscaba su fé; tan solo logra avivar su llama rebelde.

El pánico que experimenta el burgués ante la enorme sugestión operada por el ideal que encarna el «hombre peligroso», y que le hizo concebir la luminosa idea de expulsarlo, nos suministra, por contraste, un seguro criterio ético para valorar los frutos de la prédica libertaria.

Hombres que por mezquindad de espíritu jamás han concebido un ideal y cuya palabra de orden parece ser el grito epicúreo de «comamos y bebamos que mañana a moriremos», hombres tales no pueden comprender, y por consiguiente, respetar la grandeza del ideal ajeno. De aquí que atenten contra él, que es atentar contra la humana dignidad, apelando, como cínico recurso, al gendarme. Es que el pobre burgués ignora la fuerza expansiva de ese algo sutil, inmaterial — hablémosle así que puede que nos oiga y... comprenda — que invisiblemente pasa de un espíritu a otro y a otro más y a muchos otros más... y que se llama... a que no lo adivinas burgués!... Idea.

Allá el burgués con su dios policiaco Orden, al que consagra diariamente sus flexibilidades de mimbres para que proteja su hartura; pero que tenga mucho cuidado con ese algo sutil, inmaterial que pasando a través de los espíritus, es misterioso soplo que cada vez más potente — no en vano recorre luminoso camino — aviva la llama de la revolución que, hartos de la injusticia, han encendido los hombres para purificar una vida bastardeada por los sórdidos intereses de una civilización mezquina donde no impera la belleza ni se rinde culto a los ideales.

III.

Ya tenemos al revolucionario eterno expulsado de su país de origen; no importa; apenas llegado a la casa del burgués vecino, donde también los guardianes del orden velan por los fueros de la Autoridad sacrosanta, lo veremos izar su bandera de combatiente invicto. Expulsado de una y otra parte recorrerá diversos países arrojando a todos los vientos la roja simiente. Siempre con su alma en trance heroico, viajará errabundo entre hombres desconocidos pero todos hermanos suyos — hijos todos de un mismo dolor. En donde haga un alto, allí plantará su tienda de rebelde y dirá a los hombres su palabra mística, señalándoles el camino que conduce a la liberación a través de la constante lucha. No peregrinará en vano; a donde lo lleve su errante paso de soldado de la libertad dejará un poco de ensueño en el alma de los oprimidos, haciéndoles presentir la belleza eterna que encierra la vida cuando se afirma como indefinida progresión creadora, tendiendo a través del dolor y de la muerte hacia un libre universo.

Revolucionario bajo todos los regímenes, lo fué ayer, lo es hoy y lo será mañana. Eterno descontento jamás podrá satisfacerse con la cristalización de los ideales; siempre considerará lo que se realice en tal sentido como concreciones transitorias que han de ser obstáculos para un perfeccionamiento ulterior. Su ideal de libertad se abre, como la vida misma, de la cual es dirección ética cardinal, sobre una perspectiva infinita. Sobre este fondo de infinitud y eternidad el hombre recorre la curva de su existencia buscando de realizarse a sí mismo como fin en sí, mediante la diaria conquista de su libertad. Debe crear su propia vida esforzándose en cada momento del devenir de su espíritu, por llevar a plenitud sus más íntimas aspiraciones, sus mejores sueños.

IV.

En ocasiones el revolucionario eterno, forzado por las circunstancias, se conduce no ya como agitador espiritual, sino como terrorista. Suele ser en épocas luctuosas para la libertad en que los desmanes del despotismo han pasado el límite tolerable. Entonces asistimos al espectáculo, admirable de dignidad y de belleza, del hombre que se yergue solo en defensa de los fueros de la libertad, oponiendo a la violencia organizada del poder la violencia personal que casi siempre va acompañado del propio sacrificio.

Acepta tan extrema situación porque sabe con Guyau que: «Quien no obra como piensa, no piensa completamente». Pensando así, que es pensar vitalmente, el revolucionario eterno ha llegado a la acción extrema. No nos alarme esta expresión: significa tan solo que la idea ha rebasado el espíritu, por exceso de vida, y se prolonga en acción para encarnar en insuperable belleza trágica. En este trance de su lucha el revolucionario eterno sin vacilar ha jugado su vida. El sacrificio estaba en su camino de cruzado. Renán comprendió muy bien estas almas, ciertamente de estirpe, cuando dice de ellas que «cual mariposas vienen a morir en la luz de un ideal». Una muerte así es un acto de fe que vivifica el ideal y lo prolonga más allá de la efímera vida individual en que transitoriamente encarnó.

V.

Al hundir nuestra mirada en la realidad presente percibimos en toda su magnitud la epopeya libertaria que están viviendo los pueblos; contemplándola, el espíritu se siente algo deslumbrado por su trágica grandeza al par que la gran visión lo reconforta y anima porque en ella reconoce el mismo fuego purificador que lleva en sí. Contemplando los acontecimientos a través de ese prisma básico que es la personalidad comprenderemos luego no más el papel fundamental que en ellos juega el revolucionario eterno. Él es el fermento de rebelión que en estos momentos álgidos trabaja a las multitudes que marchan hacia la insurrección. Él mantiene viva la llama del ideal y la levanta por encima de la cobardía ambiente; así el aliento de los hombres libres llegará hasta ella, para abrillantarla y darle incremento.

Grande es Lenin — este hombre emersoniano — aplicando su voluntad de acero a los acontecimientos para orientar la Historia en el sentido del ideal que él encarna en forma

admirable. Pero no menos grandes se nos ofrecen a nuestros ojos un Alejandro Berkman o una Emma Goldman al intentar, llevados por esa impaciencia anárquica que caracteriza la hora que vivimos, el derrumbe de las instituciones de la abominable plutocracia yanqui o de las «libres instituciones de la gran democracia del norte» que suelen decir los folicularios del liberalismo político. El seráfico lacayo de la plutocracia, Wilson, velando por el orden creado para mayor gloria de los magnánimos reyes del acero, del petróleo, del carbón, del cerdo, declaró a Berkman y Emma Goldman personas «undesirables», expulsándolos.

Es el sino del revolucionario eterno ser persona «undesirable» para los guardianes, más o menos electivos, del principio de autoridad. Pero él midiendo con su intuición de vidente el camino de la Historia, campo del eterno combate, podrá decir al rebaño de esclavos mostrándoles su báculo de peregrino del ideal; sí, a todos los que atentan contra la belleza de la vida, reduciéndola a servidumbre, podrá decirles con Ibsen, el glorioso poeta: mi báculo se mira en el límpido mar de la libertad.

[Carlos Astrada, "El revolucionario eterno", en **Mente**, Córdoba, n° 1, mayo de 1920]

IV

Manifiesto del Grupo "Justicia"

Convencidos de que en esta hora en que el mundo asiste al nacer de una nueva civilización, ningún espíritu puede permanecer indiferente a los hondos afanes que lo presiden, a los urgentes problemas que propone su advenimiento y a las comunes esperanzas que lo acompañan, sin abdicar la función que le está asignada en la actividad consciente, hermanamos nuestros ideales y lo disponemos para las justas de la voluntad creadora bajo los prestigios de la palabra Justicia. Suma y síntesis de los anhelos y de las aspiraciones que llenan, que informan, que animan, que constituyen el proceso mismo de la historia del hombre, la erigimos en lema porque sólo con ella podemos expresar el contenido mental de nuestra actitud.

En su nombre afirmamos:

Que el Estado vigente es un instrumento de coerción en lo interno y de conquista en lo externo, que debe ser reemplazado por una forma cooperativa que importe la supresión de las clases y que borre las fronteras trazadas por un nativismo sobrepasado para hacer posible, con ambos procedimientos, la sociedad de los pueblos.

Que es necesario romper la estructura feudal que hace del trabajo una servidumbre, de la producción una buena presa para los piratas del robo y del monopolio; del derecho un privilegio de minorías y del juez un gendarme del privilegio.

Que los valores morales enseñados hasta el presente deben ser denunciados como negaciones destinadas a mutilar en el hombre el único instinto que puede darle la posesión del mundo y de los valores vitales que es el instinto de rebelión.

Aceptamos en toda su extensión y en todas sus consecuencias las responsabilidades que emergen de esta apostura. Sin falsos alardes ni arrestos inoportunos, nos dignificamos por la verdad y por el profundo respeto de nuestras ideas. Ajenos a la noción jerárquica que aspira a someter el músculo a la obscura servidumbre del intelecto, nos sentimos íntimamente identificados con la actividad del pueblo que produce, que crea, que ama y que espera. Nuestra función es la que asigna la división del trabajo social a quienes aquilatan y examinan los valores creadores en la obra que realiza, día a día, sin desalientos, con fines determinados, la nueva civilidad.



La integración del esfuerzo supone, desde luego, la integración del designio. Queremos un nuevo derecho, un derecho más noble y más alto, no el que se aplica en el tribunal de los jueces sino en el tribunal de la justicia, según la clásica distinción del estoico; queremos una docencia mejor condicionada para los fines humanos; queremos un arte para todas las almas; queremos una nueva organización económica que corrija el desorden capitalista; queremos una política de virtud de la cual todos los pueblos de todas las latitudes se reconozcan, se compenetren y se comprendan.

Nuestro pensamiento está en todo lo que signifique voluntad en acción. Con los que sufren encadenados en las cárceles de Estados Unidos; con los que dicen la buena nueva en Francia, en Italia y en Inglaterra; con los que derraman su sangre por la verdad en Irlanda y en Alemania; con los que piensan e inquietan espíritus en España; con los que levantan su voz en el Oriente lleno de sombras; con los héroes civiles de Rusia que han abierto con el ademán del sembrador la aurora del Hombre. Con los hermanos del mundo entero. Nuestro lema es nuestra salutación: ¡Justicia!

Saúl Taborda — Carlos Astrada— Emilio Biagosch —Ceferino Garzón Maceda — Deodoro Roca — Américo Aguilera.

[“Manifiesto del grupo Justicia”, en **Mente** n° 2, Córdoba, junio de 1920.
Publicado también en **Vía libre** n° 11, Buenos Aires, agosto 1920].

V

Cartel a Carlos F. Melo

Magüer su bien probada hidalguía la juventud fuera mancillada en su ejecutoria viril sino supiera alzarse airada para borrar ofensas de villano sobre nombre de mujer. Por eso, haciéndonos todos y cada uno responsables del máximo alcance de nuestras palabras, venimos a poner como una marca de fuego sobre el nombre de Carlos F. Melo, harto empañado por más de un lenguaje de politiquería criolla, el tilde definitivo de mal nacido y cobarde. Mal nacido porque ningún hombre que se precie de tal es capaz de llevar su despecho hasta el punto de deslizar la insinuación aviesa, buscando echar sombra sobre la honestidad de mujeres, casi niñas, que identificadas con el espíritu de la Reforma, han sabido aquilatar su pureza en el desprecio de algún convencionalismo de beata.

Cobarde, porque lanzó la insidia escudado tras el prestigio del más encumbrado sitial universitario que para vergüenza de la propia causa estudiantil ha detentado hasta ayer.

Mal nacido y cobarde así denunciarnos a Carlos F. Melo ante el infalible veredicto popular.

Gonzalo Muñoz Montoro, G. [Guillermo] Korn Villafañe, Héctor Roca, Luis Aznar, Carlos Astrada, Hugo Novatti, Carlos A. Amaya, Alberto Britos Muñoz, Juan Carlos Solanas, Ernesto L. Figueroa, Manuel T. Rodríguez, Oreste Giacobe, Edgardo C. Ricetti, Domingo Cera.

[“Cartel a Carlos F. Melo”, La Plata, marzo 1921]

VI

El renacimiento del mito

infancia

Los hombres están viviendo momentos difíciles y presagiosos. Los tiempos son de lucha y de riesgo, y un hálito de tragedia estremece la conciencia contemporánea. Son los síntomas premonitorios de uno de esos alumbramientos que dilatan el horizonte de la humanidad señalándole una nueva etapa a recorrer en el sentido de la perfección inalcanzable.

El humano espíritu atraviesa por un tramo de religiosidad —tomamos esta palabra en su más puro sentido— y destruyendo dogmas, muertas cristalizaciones habla el lenguaje de la creación y se complace presintiendo la infancia gloriosa de ideas no concebidas. Espoleado por la inquietud de las nuevas formas, ilumina el escenario por la Historia, afirmándose en un soberano esfuerzo de libertad.

El esfuerzo

Podrá la lucha escéptica proyectar su sombra glaciarse sobre esta gran esperanza de la humanidad. Escuchando a esta dura, por cierto legítima desde que es hija del espíritu crítico, podremos preguntarnos si este nuevo afán no será al fin de cuentas un nuevo dolor; si este nuevo ensayo de vida al que nos encaminamos no implicará un nuevo error. Al interrogarnos así, atendemos tan sólo a los resultados, sin reparar en el esfuerzo que nos conduce a ellos, y que quizá lo sea todo. Pensemos, pues, yendo más allá de los resultados, es decir, pensemos poéticamente, y digamos con Goethe: «El hombre yerra mientras camina». El camino es la vida, el error será una capa del humus del pasado insondable en que el espíritu hunde sus raíces en tanto brinda al porvenir nuevas floraciones; y en cuento al presente es y será siempre el puente que la eterna esperanza tiende a los ideales y a los sueños con que el hombre va forzando su vida mientras camina protegido por el denso misterio.

Expectativa

Hemos escuchado a la duda para superarla. En cada hombre, consciente de su humanidad, asistimos a la integración del espíritu crítico por la fe en la acción. El Espíritu y la Historia se identifican; es el signo del nuevo humanismo que adviene y superará al del Renacimiento, por su contenido ético y por la integración de valores que traerá consigo. Escuchemos, entonces, a nuestra esperanza de hombres libres. Arrojemos una mirada retrospectiva sobre el laborioso proceso del espíritu filosófico a través de las centurias. Reparando en las etapas culminadas, que implican un avance, comprobaremos la realización progresiva de la idea de libertad, las paulatinas conquistas del ideal de justicia. Al llevar ahora nuestra mirada al escenario del presente promisor, nuestro espíritu se siente presa de una intensa expectativa. Es que está empeñada en la lucha decisiva para afirmar los valores éticos de la conciencia civil. En estos momentos álgidos un ideal integral trabaja la conciencia de los hombres, y cada toque de fuego de la revolución lo va perfilando en sus contornos majestuosos...

Originalidad

Llamamos *original* a aquel momento del decurso de la Historia en que una gran idea comienza a realizarse, en que un gran ideal choca con el mundo de la realidad y su resonancia lo dilata, y su mágica virtud comienza a transformarlo. Es lo nuevo que va elaborando al discurrir histórico y con lo cual se enriquece el espíritu de cada hombre; a su vez los hombres, mediante su participación en el proceso de la historia, ascienden, según la dirección de un ideal a la conciencia de la humanidad. En este sentido, y contrariamente a la clásica sentencia, pensamos que siempre habrá algo nuevo bajo el sol.

Nuestra época asiste a la originalidad de la creación rusa.

Los ideólogos reformistas pretenden que el ensayo de Rusia no ofrece ninguna novedad,

porque se trata de la aplicación de ideas y doctrinas ya conocidas y formuladas hace tiempo por pensadores y reformadores sociales. A los que así razonan, les interesa poco que las doctrinas y los ideales adquieran un contenido histórico, humanizándose en un perenne esfuerzo por realizarse, por lograr una aproximación real en el sentido de la perfección teórica que postulan; por el contrario, tales ideólogos parecen creer que los ideales deben permanecer en el plano de las concepciones abstractas. Si los rusos hubiesen forjado un nuevo ideal o una nueva doctrina económica sin intentar llevarlos a la práctica, seguramente los profesionales de la cultura occidental habrían rendido su “homenaje intelectual” a la originalidad de tales elucubraciones. Pero no, los rusos han osado heroicamente plasmar en la realidad un viejo y audaz ensueño de redención humana, y esto les parece *poco original* a aquellos ideólogos que, carentes de emoción histórica, se complacen en vanos doctrinarismos para retardar la hora de la justicia social.

El gran mito

Pero he aquí que Rusia ha hecho su revolución, ha articulado en palabra una voz milenaria, ha encarnado el verbo, iniciando una nueva etapa en la evolución de la humanidad, realiza así una vasta experiencia humana, un nuevo ensayo de vida.

Rusia es algo más que una categoría geográfica o nacional; es el gran mito que ha fecundado el alma de los pueblos y la conciencia de cada hombre. Los que van a Rusia, como presuntos observadores imparciales a ver si el mito está de acuerdo con la realidad, son aquellos en quienes aún el mito no se ha encendido la visión espiritual de la Rusia que es encarnación viva de la utopía. Esos se alejan de Rusia en vez de acercarse a ella, no se han sentido tocados por el mito fecundo. Va Bertrand Russel, el filósofo matemático, imbuido de las supercherías del liberalismo inglés, y no encuentra la Rusia que creyó encontrar. Como buen inglés y de acuerdo a un mezquino preconcepto hedonista, fue a ver si en Rusia reinaba, después de la revolución, el *bienestar*; y Rusia no es bienestar sino tragedia y lucha heroica. Va también H. G. Wells, el novelista y socialista militante, y su visión utilitaria, igualmente mezquina que la de su compatriota el filósofo, mata ¡oh ironía! su fe en lo fantástico; y descubre que la experiencia rusa no se aviene con el putrefacto dogma del evolucionismo en que se han anquilosado las democracias occidentales; que por no atenerse a las formas orgánicas que ha cristalizado el occidente, es una *aventura* condenable. Sí, Rusia no realiza el dogma mecánico mister Spencer, sino que señala una discontinuidad en la historia. Rusia es una aventura, es la aventura de un grande y eterno ideal.

Van por fin a Rusia delegaciones de socialismo francés, italiano, alemán, español, inglés, etc., y con asombro descubren que en Rusia el sufragio universal, el parlamento y otros avalorios de la superstición democrática, han sido puestos en desuso; que en vez de estas divertidas quisicosas impera férrea y eficaz la dictadura de Lenin, del reformador inspirado, del místico del Kremlin, que extasiado en la visión de una Humanidad mejor, señala a los pueblos expoliados la ruta gloriosa.

Rusia no es aquello que quieren que sea los creyentes en esa civilización material que entra por los ojos. Rusia, por el contrario, es un mito creador de Historia; es el mito que ha fecundado la conciencia del mundo, esa conciencia que yacía sepultada bajo los escombros de valores inhumanos. Desde ella nos llega como una resonancia de leyenda la voz de sus profetas máximos: Dostoievski, Tolstoy, Gorki, Lenin, Lunatcharsky —voz que dice el evangelio eterno del Hombre. El mito ha surgido y desde la estepa llega reconfortante un aura humanista que rejuvenece la vieja vida.

La Plata, mayo de 1921.

[Carlos Astrada, “El renacimiento del mito”,
en **Cuasimodo**, Buenos Aires, nº 20, 20/06/1921]

VII

La democracia y la iglesia

(Palabras pronunciadas en la "Unione e Fratellanza" el 23 de septiembre)

La Iglesia, una vez perdida su hegemonía espiritual y política sobre los pueblos, se declaró, por exigencia de su propia dogmática y para mejor servir sus intereses económicos, aliada incondicional de todos los poderes opresores contra los cuales el hombre viene librando secular batalla, a lo largo del áspero camino de la historia.

Hoy el catolicismo, próximo ya a cerrar la curva de su irremediable decadencia, nos habla de justicia, se siente encendido de amor por los desheredados y, en un raptó de morbosa generosidad, les promete —para no perder la costumbre— hasta el paraíso... siempre que ellos, los desheredados, renuncien a bregar aquí, en la tierra, por un lugar adecuado a su condición humana. Es el viejo lobo, eterno enemigo de la libertad y de la dignidad humana que, ejercitando una vez más su táctica oportunista y utilitaria —también en bancarrota— se nos presenta, en una parodia de humildad y contrición, vestida con la piel del cordero. Piel sacada a retazos de la letra del Evangelio, de ese Evangelio, incumplido en el occidente llamado cristiano.

Pero nada significa esta postura arlequinesca que, a espaldas de la civilidad, el catolicismo adopta en el intenso drama de los valores históricos que está viviendo la Humanidad.

Los tardíos desvelos de la Iglesia por los problemas sociales y sus falaces promesas en favor del mejoramiento económico del proletariado no pueden inducir a error a la verdadera democracia. Esta no hace consistir la realización de una relativa justicia social en la degradante dádiva de los que pretenden investir autoridad de amos por derecho divino; sino que sabe perfectamente, y lo proclama, que ella ha de ser conquistada por sus fuerzas organizadas.

Con sobrada razón afirma Georges Sorel —uno de los más nobles pensadores del movimiento social contemporáneo— que a los ojos del pueblo la Iglesia "no es más que una asociación de gente interesada en el mantenimiento del orden actual, muy hábil y muy ingeniosa en sus ensayos de organización".

Cuando signos evidentes nos dicen que el mundo marcha hacia el socialismo integral, no es extraño que la Iglesia, que siempre fue hostil al movimiento proletario —como buena aliada del capitalismo y capitalista ella misma— y que, desoyendo los clamores de justicia económica, llegó hasta negar la existencia de la cuestión social, no es extraño, decimos, que, alarmada por el avance de la democracia, hable ahora un anodino y torpe lenguaje reformista. Así la vemos, en un espasmo de su bizantinismo agónico, ofrecer a los trabajadores una irrisoria panacea para sus hondos males, reclamando, en cambio, de ellos, con un gesto de empedernido mercader, la obediencia a sus dogmas, la sombría servidumbre del espíritu, propicia a todos los despotismos.

Partida la Iglesia en su propio baluarte, y carente ya de poder político, se aferra cada vez más a los dogmas estatales. La religiosidad ha llegado a ser para ella, cosa secundaria.

El sentimiento religioso de los hombres, este resorte mágico que en otros tiempos obedeciera a la presión del dogma, que echaba mano de él con fines utilitarios, ya no responde a la incitación externa porque, en parte, ha cobrado autonomía, y lo que de él persiste en su forma primitiva apenas satura las conciencias confesionales.

Como ya no puede reencender las hogueras en que "purificó" a los herejes que se rebelaban contra su ortodoxia, la Iglesia, echando de menos los antiguos honores, acude a

un nuevo procedimiento inquisitorial. Así, en nuestros días, es la celosa empresaria del patriotismo, la “nueva brujería”, que dijo Unamuno.

Su *fervor patriótico* —por el cual el Estado capitalista le estará muy agradecido— es, pues, un nuevo avatar de la Inquisición romana. No debe extrañarnos este retoño raquítico de una fe muerta, reducida hoy a siempre jerarquía eclesiástico-económica, ya que, según nos dice acertadamente Bakounine, “el Estado es el hermano menor de la Iglesia; y el patriotismo esa virtud y ese culto del Estado, no es más que un reflejo del culto divino”. La tentativa obrerista del catolicismo, con sus mezquinos fines autoritarios, no logrará desviar el movimiento del proletariado consciente que, obedeciendo a firmes imperativos doctrinarios, seguirá por las rutas que se ha trazado. Ya se insinúa en el mundo el advenimiento de una democracia integrada por los valores económicos. El proletariado se inserta definitivamente en los cuadros de la vida histórica, dándoles un nuevo contenido y una más alta finalidad.

Algunos espíritus demasiado simples y optimistas creyeron que después del paréntesis sangriento la humanidad, tan duramente aleccionada, entraría de lleno en una era de justicia y de concordia. Al verse defraudados en su ingenua esperanza, esos espíritus simples e ilusos han pasado, fácilmente, de los cálculos optimistas a un pesimismo igualmente erróneo, y, por este camino, han llegado a afirmar que todo está lo mismo que antes.

Nosotros no compartimos esta manera de concebir los cambios sociales realizándose por virtud mágica. Es indudable que la crisis bélica de Europa ha apresurado la liquidación inevitable de todo un estado social que entraña una injusticia secular. Mas la instauración de una nueva forma de convivencia social, según normas de justicia y libertad, no se logrará sino a través de arduas luchas.

Actualmente el movimiento proletario mundial atraviesa por una honda crisis interna. Sus diversos sectores están empeñados en una apasionada contienda ideológica. La división imperante en el campo obrero, originada en diferencia de doctrinas, y hasta de ideales, nos prueba una vez más, en contra de la concepción materialista de la historia, exclusiva y deformante, que las ideas, más que los apetitos, rigen y orientan a los hombres y a los grupos sociales. Este momento de silencio en la lucha social no podemos interpretarlo como un decaimiento de las fuerzas de la democracia proletaria. Pero, es lo cierto, de este silencio no deja de aprovecharse en todas partes, la reacción, que siempre acecha oportunidades para desencadenarse. Es necesario, entonces, que estemos alerta.

En presencia de estos altibajos del movimiento social, debemos tener presente, para defendernos de infundadas y nocivas decepciones, las sabias palabras que Romain Rolland nos dice haber oído de labios de Renán —espíritu que vivió orientado hacia la libertad, y que nos legara una ciencia tan alta y tan bella:

“En 1887 —escribe Romain Rolland— en un tiempo en que parecían triunfar las ideas de democracia y paz internacionales, conversando con Renan, oí predecir a este sabio: *Vosotros veréis venir todavía una gran reacción. Todo lo que nosotros defendemos parecerá destruido. Mas no es necesario inquietarse. El camino de la humanidad es una ruta de montañas que sube en espiral, y por momentos parece que se retrocede, pero se asciende siempre*”.

Sí, por el camino que sube en espiral marchamos hacia una tierra nueva cuyos contornos están dibujados en el ensueño milenario que alumbró a la humanidad en sus afanosas jornadas de libertad y de justicia. Que los aparentes descensos, como los altos que en la marcha esforzada hagamos, para rectificarnos o fijar su orientación, nos tengan sin cuidado, si en nosotros sentimos la presencia del ideal invisible.

[Carlos Astrada, “La democracia y la Iglesia”,
en **La Gaceta Universitaria**, Córdoba, 30/09/1922]

VIII

Los estudiantes de Córdoba a sus compañeros del Perú

Víctor Haya de la Torre, Lima, Perú:

Por su intermedio, noble amigo, enviamos a los compañeros del Perú este mensaje fraterno. Sabemos de vuestras luchas civiles por la libertad sagrada del pensamiento, y no ignoramos que la alianza de la dictadura y del altar nada ha podido contra vuestra magnífica decisión. Ha sido necesario que la carne se transformara en flor de martirio para daros la razón. Triunfo sellado con sangre, triunfo perenne. La sangre estudiantil y proletaria derramada por dos sicarios de los sátrapas peruanos es nuestra sangre, no olvidaremos.

Y decimos a los perseguidores: no es América tierra de esclavos. La Justicia se hará.

Carlos Astrada, S. Soler, R. Vizcaya, Julio Acosta, Olmos, Héctor Miravet, Vicente Catalano, Esteban Casile, Carlos Brandán Carrafa, Juan Soler, Elías Dicovski, R. Carnero Vaca, J. Benjamín Barros, Horacio F. Taborda, Gregorio Bermann, José Malanca, Ceferino Garzón Maceda, Antonio Pedone, H. Valazza, Francisco Vidal

["Los estudiantes de Córdoba a sus compañeros del Perú",
en **La Voz del Interior**, 21/7/1923]

IX

El alma desilusionada

Las esperanzas utopistas han muerto. El proceso del espíritu revolucionario ha cerrado su ciclo, y tras el vértigo, engendrado por el apogeo del racionalismo, el alma se siente desilusionada e invadida por letal fatiga. El hombre, decepcionado por el fracaso de los artilugios racionales con que quería suplantar la realidad insobornable, ha abandonado su actitud de altivo reto al destino. Su alma, después de haber vivido momentos de "eléctrica ilusión", ha caído en una especie de marasmo. Presa de la cobardía e inclinada a la servidumbre, ambula exangüe en busca de un amo, y se acoge, como a tabla de salvación, a groseras supersticiones.

Tal es el sombrío cuadro que nos traza uno de los pensadores-guías de nuestro tiempo; la conclusión a que, en su reciente y notable ensayo "El ocaso de las revoluciones", arriba Ortega y Gasset, después de un prolijo y atento examen del estado actual de nuestra civilización. Por vía de comparación, que aspira a ser probatoria, el filósofo español ha incursionado, con la penetración de un espíritu dotado de sensibilidad histórica, por Grecia y Roma. Merced a este procedimiento comparativo ha logrado destacar en estas civilizaciones fenecidas etapas semejantes o idénticas a las recorridas por la nuestra. De aquí concluye que las que aún tiene que recorrer la civilización occidental no pueden diferir de las que se dieron en Grecia y Roma. De acuerdo a este itinerario predeterminado de nuestra civilización decadente, el idealismo revolucionario no ha sido nada más que un estado transitorio, una de las estaciones del camino recorrido.

El criterio que guía a Ortega y Gasset, en su estudio histórico-filosófico, no es otro que el sustentado por Oswald Spengler en su obra *Der Untergang des Abendlandes*. Según estos ideólogos, el Occidente se encuentra en una encrucijada dantesca, camino de la decadencia y de la muerte.

Si la civilización occidental marcha fatalmente a su extinción —presupuesto del spenglerismo en boga— no es difícil para estos “pensadores de la decadencia” ver ciertas manifestaciones y estados anímicos de la época actual “ocazos” parciales que confirman la tesis general. Aunque en el caso de Ortega y Gasset es, quizás, la idea general —acuñada por Spengler— la que lo induce a una conclusión parcial: el ocaso de las revoluciones.

Nosotros no entraremos a analizar y discutir las afirmaciones “intuitivas” de Oswald Spengler. Ya la crítica ha evidenciado, en los distintos aspectos, la inconsistencia de su doctrina. Tenemos por bien observados los hechos que tan sugestivamente consigna Ortega y Gasset. Pero desde Spengler y los que, como el filósofo español, participan de su trágica visión afirman dogmáticamente, nosotros, escudados en un criterio que se ajusta estrictamente al estado actual de los conocimientos humanos, nos permitimos dudar. Ante estos desbordes del utopismo profético, formulamos una interrogación bien legítima.

El espíritu revolucionario atraviesa, sin duda, una honda crisis. Es, en gran parte, consecuencia de las necesarias rectificaciones —tarea en que está empeñada nuestra época— de los postulados absolutos de la ética idealista —la norma había presionado demasiado a la vida deformándola: y ésta ha reaccionado, subvirtiendo valores. Debemos, pues, reconocer que el hombre contemporáneo, conmovido por esta transformación, se debate en un estado de incertidumbre. No obstante comprende que, desviándose de la ruta que traían las generaciones anteriores, tendrá que buscar nuevo y más seguro rumbo para sus anhelos.

Después de haberse precipitado impetuosamente en la guerra y la revolución, la humanidad occidental acusa un notable descenso en sus vitales pulsaciones. Ha corrido, en vano, tras utópicas aventuras y la decepción y el cansancio la han postrado, predisponiéndola para el servilismo. El alma, por hacer apurado quiméricos afanes, se siente desilusionada. No cerremos los ojos a este trance de desilusión; pero tampoco, pretendiendo ingenuamente leer en el porvenir, dominio que siempre nos será desconocido, querramos ver en tal estado algo semejante a la tristeza que embarga al alma individual cuando presiente la muerte inevitable.

Frente a las arriesgadas “predicciones históricas”, que por explicar demasiado no explican nada, cabe, y es necesaria, una explicación más modesta, de valor relativo, es decir, que no exceda los límites de la experiencia humana. Nosotros, desde luego, no la intentaremos aquí. Aludiendo a una cuestión fundamental, queremos limitarnos a señalar, en contra de lo que sostiene Spengler, la necesidad de restablecer una finalidad para la historia. Uno de los más penetrantes y eficaces críticos de la teoría spengleriana, Kurt Sternberg, justamente hace notar (“Die philosophischen Grundlagen in Spenglers ‘Untergang des Abendlandes’”, en **Kant-Studien**, v. XXVII, 1922”) que el autor de **La decadencia de Occidente** tiene razón cuando protesta contra el modo de interpretar la historia, que consiste “en dar a las propias convicciones políticas, religiosas y sociales”. Pero a renglón seguido, objetando a Spengler, Kurt Sternberg escribe estas exactas palabras: “Si bien no se puede considerar la historia de acuerdo a un sentido y fin subjetivos, se la puede considerar —y esto debe hacerse, si se la quiere comprender— según un sentido y fin objetivos. Pero este sentido y fin objetivos de la historia no podemos buscarlos más que en la idea de la humanidad civilizada”.

Porque hoy se acuse una variación en el curso de la historia —hecho que no se puede negar— no nos es dable ver en este fenómeno uno de los signos de la supuesta decadencia. El alma se siente desilusionada, esto es todo. Después de haber desarrollado un esfuerzo

enorme, que en su mayor parte se gastó en el vacío, ha experimentado un aflojamiento en sus íntimos resortes. Tras el ímpetu idealista ha venido el desaliento; mas también es la hora de las rectificaciones vitales.

Frente a las agoreras e inconsistentes “profecías” abrimos una interrogación: ¿En nombre de qué ciencia, de qué presunta “morfología de la historia universal” —verdadero busilis de la teoría spengleriana. ¿Se puede afirmar que no está reservada una primavera más para la planta humana? ¿Quién puede asegurarnos que no vendrá una nueva floración de los ideales? Pensamos, al contrario, que nada nos prueba que el alma occidental haya agorado ya todas sus posibilidades. El porvenir, tal vez, irá descubriendo a nuestra curiosidad y afán creador, en un ámbito humano mejor explorado, nuevos motivos de esperar, de dudar, de vivir, de perfeccionarnos. El hombre, dilatando su propio paisaje, se planteará, con más intensidad quizás, los grandes problemas del mundo y de la vida, y todos aquellos que atañen directamente a su naturaleza moral. Nuevos tiempos engendrarán preocupaciones aún no sentidas, y problemas nuevos —fermentos de vida— se insinuarán a su sensibilidad agudizada, enriquecida y siempre despierta.

La humanidad ha vivido la tensión del arco. Disparó la flecha de su anhelo; pero tiraba por elevación, y el blanco estaba lejos. Sin hacer intervenir demasiado a nuestros estados subjetivos, nada nos impide la tengamos por un arquero invicto, cuyo destino es perfeccionar su arco, a fin de dotarlo de mayor alcance, y corregir constantemente la puntería, alucinada por el blanco lejano —la imagen de sí misma, sublimada por la inquietud de una perfección inaccesible.

[Carlos Astrada, “El alma desilusionada”,
en **Córdoba. Decenario universitario de crítica social** n° 8,
Córdoba, septiembre de 1923]